

Bakunin Carta al periódico *La Libertad* de Bruselas

En su estudio de Holloway, Pierre Bance señaló el interés de este texto de Bakunin (http://www.fundación-besnard.org/artículo.php3?id_artículo=1584). Para facilitar la lectura, coloqué tituillos en cursivas entre corchetes. Las observaciones anti alemanas (muy matizadas pp. 3, 14-15) y antisemitas de Bakunin, pese a ser nauseabundas, deben colocarse en el marco de las calumnias de Marx contra Bakunin, consideradas convenientes para la mayor parte de los marxistas, excepto Franz Mehring en su *Marx, Historia de su vida*.

Recuerdo la reacción de Anselmo Lorenzo, pilar del bakuninismo en España: *entre las acusaciones dirigidas por Bakunin contra Marx de las cuales como motivo especial de odio la circunstancia de que Marx era judío. Esto, que contrariaba nuestros principios, que imponen la fraternidad sin distinción de raza ni de creencia, me produjo de las astroso efecto, y dispuesto a decir la verdad, consigno esto a pesar del respeto y de la consideración que por muchos títulos merece la memoria de Bakunin*¹.

Las notas no identificadas son las de la edición de Arthur Lehning², de las que una limitada parte se ha incorporado.

F. M., 16.07.12

[La victoria perversa de Marx y sus aliados]	p. 1
[Frente a las prohibiciones de Marx, la tolerancia y la solidaridad de los bakuninistas]	p. 4
[Las motivaciones de Marx y de su grupo para apoderarse de la Internacional]	p. 5
[La preparación de una campaña por Marx y los suyos]	p. 8
[La táctica actual y la visión socio-económica futura de Marx según Bakunin]	p. 11
[Lagunas del análisis socio-histórico de Marx]	p. 14
[La Comuna de París y su aporte]	p. 17

A la Redacción de *La Libertad*, a 8 de octubre de 1872. Zúrich.

Estimados señores Redactores:

Tras la publicación por ustedes de la sentencia de excomulgación que el Congreso marxiano de La Haya acaba de pronunciar contra mí, han de encontrar justo, ¿verdad?, el publicar mi respuesta. Allí está.

[La victoria perversa de Marx y sus aliados]

El triunfo del señor Marx y los suyos fue completo. Seguros de una mayoría que habían preparado durante mucho tiempo y que habían organizado con mucha habilidad y cuidado, por lo menos con mucho respeto por estos principios de la Moral, de la Verdad y de la Justicia que se encuentra tan a menudo en sus discursos y tan pocas veces en sus actos, se quitaron la máscara los marxianos³, y, como corresponde a hombres con ansias de poder, siempre en nombre de esta soberanía del pueblo que, en adelante, servirá de estribo a todos los pretendientes al gobierno de las masas, decretaron con audacia la esclavitud del pueblo de la Internacional.

¹ Lorenzo Anselmo *El Proletariado militante «Memorias de un internacional»* [1900], Madrid, 2005, p. 204 (Nota de F. M.).

² *Bakounine, Œuvres complètes*, volumen 3, *Les conflits en l'Internationale 1872*, introducción y anotaciones de Arthur Lehning, París, 1975, carta reproducida pp. 144-168.

³ Bajo la pluma de Bakunin, marxiano tiene dos sentidos: -propio a Marx, -seguidor de Carlos Marx. No usa "marxista" porque el sufijo "ien" era más corriente que "iste" en francés en aquel periodo.

De ser menos vivaz la Internacional, de estar fundada, como se lo imaginan ellos, únicamente en la organización de centros directores, y no en la solidaridad real de los intereses y aspiraciones efectivas del proletariado de todos los países del mundo civilizado, en la federalización espontánea y libre de las secciones y federaciones obreras, independientemente de toda tutela gubernamental, habrían bastado para matarla los decretos de aquel nefasto Congreso de La Haya, encarnación demasiado complaciente y fiel de las teorías y de la práctica marxianas. Habrían convertido en ridícula y a la vez odiosa esta magnífica asociación, en cuya fundación, me place comprobarlo, el señor Marx tomó una parte tan inteligente como enérgica ⁴.

¡Un Estado, un gobierno, una dictadura universal! ¡El ensueño de los Gregorio VII, Bonifacio VIII, Carlos Quinto y Napoleón, reproduciéndose bajo nuevas formas, pero siempre con las mismas pretensiones, en el campo de la democracia socialista! ¿Acaso se puede imaginar algo más burlesco, y también más escandaloso?

Pretender que un grupo de individuos, hasta los más inteligentes y mejor intencionados, serán capaces de llegar a ser el pensamiento, el alma, la voluntad dirigente y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todos los países, es tamaña herejía contra el sentido común y contra la experiencia histórica, que uno se pregunta con asombro cómo un hombre tan inteligente como el señor Marx pudo concebirla?

Los papas tuvieron por lo menos como excusa la verdad absoluta que decían tener en sus manos por la gracia del Espíritu Santo y en la que se suponía que creían. El señor Marx no tiene esta excusa, y no le impondré la injuria de pensar que él imagina haber inventado científicamente algo que se aproxima a la verdad absoluta. Mas puesto que lo absoluto no existe, no puede haber para la Internacional un dogma infalible, ni por lo tanto teoría política o económica oficial, y nuestros congresos no deben jamás pretender al papel de concilios ecuménicos que proclaman principios obligatorios para todos los adherentes y creyentes.

Únicamente existe una ley realmente obligatoria para todos los miembros, individuos, secciones y federaciones de la Internacional, ley que constituye la verdadera, la sola base. Es, en toda su extensión, en todas sus aplicaciones, LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES DE TODOS LOS OFICIOS Y DE TODOS LOS PAÍSES EN SU LUCHA ECONÓMICA CONTRA LOS EXPLOTADORES DEL TRABAJO. Es en la organización real de esta solidaridad, por la acción espontánea de las masas obreras y por la federación absolutamente libre, y que será cuanto más poderosa como sea libre, de las masas obreras de todas las lenguas y de todas las naciones, y no en su unificación por decretos bajo la batuta de un gobierno cualquiera, donde reside únicamente la unidad genuina y viviente de la Internacional.

Que de esta organización cada vez más amplia de la solidaridad militante del proletariado contra la explotación burguesa deba salir y que surja en efecto la lucha política del proletariado contra la burguesía, ¿quién lo puede dudar? Los marxianos y nosotros, somos unánimes en este punto. Pero inmediatamente se plantea la cuestión que nos separa tan profundamente de los marxianos.

Pensamos que la política, necesariamente revolucionaria, del proletariado, debe tener por objeto inmediato y único la destrucción de los Estados. No comprendemos que se pueda hablar de la solidaridad internacional cuando se quieren conservar los Estados, - a menos que se sueñe del Estado universal, o sea la esclavitud universal, como los grandes imperadores y los papas, - siendo el Estado por su misma índole una ruptura de esta solidaridad y por consiguiente una causa permanente de guerra. Tampoco concebimos que se pueda hablar de libertad del proletariado o de la liberación verdadera de las masas en el Estado y por la

⁴ Bakunin nunca deslució las cualidades de Marx, en sus artículos y sus cartas (Nota de F. M.).

Estado. Estado quiere decir dominación, y toda dominación supone la supeditación de las masas y por tanto su explotación en provecho de cualquier minoría gobernante.

No admitimos, incluso como transición revolucionaria, ni las Convenciones nacionales, ni las Asambleas constituyentes, ni los gobiernos provisorios, ni las dictaduras supuestamente revolucionarias; porque estamos convencidos que la revolución sólo es sincera, honesta y real en los masas, y que, cuando se halla concentrada entre las mano de algunos individuos gobernantes, se convierte inevitable e inmediatamente en reacción. Tal es nuestra creencia, no es aquí el lugar para desarrollarla.

Los marxianos profesan ideas muy contrarias. Son los adoradores del poder del Estado, y necesariamente también los profetas de la disciplina política y social, los campeones de la orden establecida de arriba abajo, siempre en nombre del sufragio universal y de la soberanía de las masas, a las cuales se reserva la felicidad y el honor de obedecer a jefes, a amos elegidos. Los marxianos no admiten otra emancipación que la que esperan de su Estado supuestamente popular (*Volksstaat*). Son tan poco los enemigos del patriotismo que su Internacional misma lleva demasiadas veces los colores del pangermanismo. Existe entre la política bismarkiana y la política marxiana una diferencia sin duda muy sensible, pero entre los marxianos y nosotros hay un abismo. Ellos son los gobernantes, nosotros los anarquistas a pesar de todo.

Tales son las dos tendencias políticas principales que separan ahora la Internacional en dos campos. De un lado no hay propiamente hablando la única Alemania, del otro, hay, en distintos grados, Italia, España, el Jura suizo, una gran parte de Francia, Bélgica, Holanda y en un porvenir muy próximo los pueblos eslavos. Ambas tendencias se enfrentaron en el Congreso de La Haya, y, gracias a la gran habilidad del señor Marx, gracias a la organización del todo artificial de su último Congreso, la tendencia germánica venció.

¿Significa ello que la terrible cuestión quedó resuelta? Ni siquiera fue discutida; habiendo votado la mayoría como un regimiento bien disciplinado, aplastó toda discusión con su voto. La contradicción existe pues más viva y más amenazadora que nunca, y el mismo señor Marx, pese a todas las embriagueces del triunfo, no se imagina sin duda que él pueda vencer tan fácilmente. Y si inclusive pudo concebir un momento tan loca esperanza, la protesta solidaria de los delegados jurasianos, españoles, belgas y holandeses (sin hablar de Italia que ni siquiera se dignó en mandar a sus delegados a este Congreso demasiado ostensiblemente falsificado), esta protesta tan moderada en la forma, pero cuanto más enérgica y significativa en el fondo, debió de desengañarle rápidamente⁵.

Esta protesta misma no es evidentemente más que una muy débil señal precursora de la oposición formidable que va a estallar en todos los países de verdad compenetrados del principio y de la pasión de la revolución social. Y toda esta tormenta habrá sido levantada por la preocupación tan infeliz de los marxianos de hacer de la cuestión política una base, un principio obligatorio de la Internacional.

En efecto, entre las dos tendencias indicadas aquí, ninguna conciliación es posible por ahora. Únicamente la práctica de la revolución social, grandes experiencias históricas nuevas, la lógica de los acontecimientos podrán llevarlas tarde o temprano a una solución común; y, fuertemente convencidos de la bondad de nuestro principio, esperamos que entonces los alemanes mismos - los trabajadores de Alemania y no sus jefes - acabará por sumarse con nosotros para demoler aquellas cárceles de los pueblos que se llaman los Estados y para condenar la política, que no es en efecto nada sino el arte de dominar y trasquilar las masas.

⁵ Un texto breve que termina con *Repudiamos altamente cualquier vínculo con el supuesto consejo federal y universal de Londres o de cualquier otra organización similar, ajena a la Internacional* (Nota de F. M.).

¿Pero hoy qué hacer? Puesto que ahora son imposibles la solución y la conciliación en el terreno político, es preciso tolerarse mutuamente y dejando a cada país el derecho incontestable de seguir las tendencias políticas que le gusten más o le parezcan mejor adaptadas a su situación particular. Rechazando por lo tanto todas las cuestiones políticas del programa obligatorio de la Internacional, hay que buscar la unidad de esta gran asociación únicamente en el terreno de la solidaridad económica. Esta solidaridad nos aúna, mientras que los problemas políticos fatalmente nos separan.

Es seguro que ni los italianos, ni los españoles, ni los rusos, ni los franceses, ni los belgas, ni los holandeses, ni los pueblos eslavos, estos enemigos históricos del pangermanismo, ni tampoco el proletariado de Inglaterra y América, nunca se someterán a las tendencias políticas que impone hoy al proletariado de Alemania la ambición de sus jefes. Pero incluso de suponerse que, debido a esta desobediencia, el nuevo Consejo general castigue con la interdicción a todos estos países y que un nuevo concilio ecuménico de los marxianos los excomulgue y les declare expulsados del seno de la Internacional, la solidaridad económica que existe necesariamente, naturalmente y de hecho entre el proletariado de todos estos países y el de Alemania ¿se encontrará menguada? Que los obreros de Alemania hagan una huelga, que se rebelen contra la tiranía económica de sus patronos, o que se rebelen contra la tiranía política de un gobierno que es el protector natural de los capitalistas y otros explotadores del trabajo popular, ¿acaso el proletariado de todos estos países excomulgados por los marxianos se quedará con los brazos cruzados, espectador indiferente de esta lucha? No, les dará todo su escaso dinero y, además, dará toda su escasa sangre a sus hermanos de Alemania, sin preguntarles previamente qué será el sistema político en que creen deber buscar su liberación.

En esto se ubica por tanto la auténtica unidad de la Internacional: está en las aspiraciones comunes y en el movimiento espontáneo de las masas populares de todos los países, y no en un gobierno cualquiera, ni en una teoría política uniforme, impuesta por un Congreso general a estas masas. Es tan evidente que hay que estar muy obcecado por la pasión del poder para no comprenderlo.

Concibo por lo menos que los déspotas coronados o no coronados hayan podido soñar con el cetro del mundo; mas qué decir de un amigo del proletariado, de un revolucionario que pretende desear seriamente la emancipación de las masas y que, al colocarse en director y árbitro supremo de todos los movimientos revolucionarios que puedan estallar en diferentes países, ¡se atreve a soñar en la supeditación del proletariado de todos estos países a un pensamiento único, germinado en su propio cerebro!

Pienso que el señor Marx es un revolucionario muy serio, hasta siempre muy sincero, quiere verdaderamente el alzamiento de las masas; y me pregunto cómo hizo para no ver que el establecimiento de una dictadura universal, colectiva o individual, de una dictadura que hará en cierto modo la labor de un ingeniero en jefe de la revolución mundial, regulando y dirigiendo el movimiento insurreccional de las masas en todos los países como se dirige una máquina, que el establecimiento de tamaña dictadura bastaría en sí para matar la revolución, para paralizar y para falsear todos los movimientos populares? ¿Quién es el hombre, qué es el grupo de individuos, por grande que sea su genio, que osaría ostentar tan sólo el poder de abarcar y comprender la infinita multitud de intereses, de tendencias y acciones tan diversas en cada país, en cada provincia, en cada localidad, en cada oficio, y cuyo conjunto inmenso, unido pero no uniformizado por una gran aspiración común y por algunos principios fundamentales que ya pasaron en la consciencia de las masas, constituirá la futura revolución social?

¿Y qué pensar de un congreso internacional que, con el supuesto interés de esta revolución, impone al proletariado de todo el mundo civilizado un gobierno investido de poderes dictatoriales, con el derecho inquisitorial y pontifical de suspender federaciones regionales, de prohibir naciones enteras en nombre de un principio supuestamente oficial y que no es otro que el propio pensamiento del señor Marx, transformado por el voto de una mayoría ficticia en una verdad absoluta? ¿Qué pensar de un congreso que, para hacer sin duda su locura más ostensible aún, relega a América este gobierno dictatorial, tras haberlo compuesto de hombres probablemente muy honestos, pero oscuros, bastante ignorantes y absolutamente desconocidos por él mismo? ¡Nuestros enemigos los burgueses tendrían pues razón cuando se burlan de nuestros congresos y pretenden que la Asociación Internacional de los Trabajadores no combate las viejas tiranías sino para establecer una nueva, y que, para substituir dignamente las absurdidades existentes, ella quiere crear otras!

Por el honor y la misma salvación de la Internacional, ¿acaso no debemos, por consiguiente, apresurarnos a proclamar muy alto que este infeliz Congreso de La Haya, lejos de haber sido la expresión de las aspiraciones de todo el proletariado de Europa, sólo fue en efecto, a pesar de todas las apariencias de regularidad con que se quiso rodearlo, nada más que el triste producto de la mentira, de la intriga y de un abuso escandaloso de la confianza y de la autoridad que desgraciadamente se había otorgado demasiado tiempo al difunto Consejo general? Fue en realidad, no un Congreso de la Internacional, sino el del Consejo general, cuyos miembros marxianos y blanquistas, que formaban casi el tercio del número total de los delegados y arrastraron consigo, de un lado, el batallón muy disciplinados de los alemanes, y, del otro, a unos franceses desorientados, llegados a La Haya no para discutir las condiciones serias de la emancipación del proletariado, sino para establecer su dominación en la Internacional.

El señor Marx, más hábil y más fino que sus aliados blanquistas, los engañó, como antes el señor de Bismarck a los diplomáticos del imperio y de la República francesa. Los blanquistas por supuesto fueron al Congreso de La Haya con la esperanza, sin duda mantenida en su espíritu por el mismo señor Marx, de poder apoderarse de la dirección del movimiento socialista en Francia mediante el Consejo general, en el que contaban ser miembros muy influyentes. Al señor Marx no le gusta compartir el poder, pero es más que probable que hizo promesas positivas a sus colegas franceses, sin el concurso de los cuales él no habría alcanzado la mayoría en el Congreso de La Haya. Pero tras usarles, les descartó cortésmente, y, en conformidad con un plan establecido de antemano entre él y sus verdaderos íntimos, los alemanes de América y de Alemania, relegó el Consejo general a Nueva York, dejando a sus amigos de ayer, los blanquistas, en la situación muy desagradable de conspiradores víctimas de su propia conspiración. Dos fracasos tales, que se siguieron en tan corto intervalo, no hacen mucho honor al espíritu francés.

[Las motivaciones de Marx y de su grupo para apoderarse de la Internacional]

Pero uno se pregunta: ¿no se descoronó a sí mismo el señor Marx al mandar a paseo el gobierno de la Internacional a New-York? En absoluto. Nadie le hará la injuria de suponer que haya tomado en serio este gobierno ni que haya deseado entregar entre manos inexperimentadas y débiles el destino de la Internacional, de que se considera él mismo en cierto modo como el padre y demasiado como el amo. Su ambición puede empujarle a dañarla mucho, es verdad, pero él no puede querer su destrucción. ¿Y no sería una causa de destrucción segura que aquellos poderes dictatoriales otorgados a hombres incapaces? ¿Cómo resolver esta dificultad?

Se resuelve muy sencillamente para quienes saben o adivinan que a la sombra del gobierno oficial, aparente, de Nueva York, se acaba de establecer el gobierno anónimo de los supuestos agentes absolutamente irresponsables, oscuros, pero cuanto más poderosos, de este gobierno, en Europa, o, para hablar claramente el poder oculto y real del señor Marx y de los suyos. Ahí está todo el secreto de la intriga de La Haya. Explica la actitud a la vez triunfadora y tranquila del señor Marx, que cree tener de ahora en adelante toda la Internacional en su manga; y, a no ser que sea una muy gran ilusión de parte suya, tiene mucha razón para regocijarse, porque, al saborear en secreto los divinos placeres del poder, podrá quitarse de todos los inconvenientes y lo odioso sobre este desacertado Consejo general de Nueva York.

Para convencerse que tal es en realidad la esperanza, el pensamiento del señor Marx, basta con leer con un poco de atención uno de los números de septiembre del *Volksstaat*, el órgano principal del Partido de la democracia socialista de los obreros alemanes, y que como tal recibe las inspiraciones directas del señor Marx. En un artículo semi oficial, se cuenta, con una ingenuidad y una torpeza muy alemanas, todas las razones que empujaron al dictador de este partido y a sus amigos más íntimos a trasladar el gobierno de la Internacional de Londres a Nueva York⁶. Hubo principalmente para el cumplimiento del golpe dos motivos.

El primero era la imposibilidad de entenderse con los blanquistas. Si el señor Marx está penetrado de los pies a la cabeza del instinto pangermánico que adquirió tan gran desarrollo en Alemania desde las conquistas del señor de Bismarck, los blanquistas son ante todo patriotas franceses. Ignorantes y desdeñosos para con Alemania, como conviene a los franceses de verdad, bien podía abandonar el gobierno absoluto al señor Marx, pero por nada en el mundo le habrían concedido el de Francia, que se reservan naturalmente para ellos mismos. Y es precisamente esta dictadura en Francia que el señor Marx, en verdadero alemán que es, codicia más que cualquier otra cosa, incluso mucho más que la dictadura en Alemania.

Por mucho que los alemanes cosechen éxitos materiales o hasta políticos sobre Francia, moralmente, socialmente siempre se sentirán inferiores. Este sentimiento invencible de inferioridad es la fuente eterna de todas las envidias, de todas las animosidades, pero también de todas las codicias brutales u ocultas que excita en ellos este único nombre de Francia. Un alemán no se cree bastante recomendado en el mundo mientras su reputación, su gloria, su apellido no hayan sido aceptados por Francia. Llegar a ser reconocido por la opinión pública de esta nación y sobre todo por la de París, este fue desde siempre el pensamiento ardiente y secreto de todos los alemanes ilustres. Y gobernar a Francia, y por Francia la opinión del mundo entero, ¡qué gloria y sobre todo qué potencia!

El señor Marx es un alemán demasiado inteligente, pero igualmente demasiado vanidoso y demasiado ambicioso, para no haberlo comprendido. Por eso no hay coquetería de que no se valió para hacerse aceptar por la opinión revolucionaria y socialista de Francia. Parece que lo logró en parte, puesto que los blanquistas, impelidos por lo demás por su propia ambición que les hacía buscar la alianza de este pretendiente a la dictadura en la Internacional, se dejaron engañar primero; gracias a su protección todopoderosa, se habían convertido en miembros del Consejo general de Londres.

Al principio este acuerdo debió de ser perfecto, porque, autoritarios y enamorados del poder unos y otros, les unía su odio común contra nosotros, los adversarios irreconciliables de todo poder y de todo gobierno y, por tanto, también del que se proponían establecer en la Internacional. Y por eso mismo su alianza no podía ser de larga duración, por no desear el señor Marx compartir su poder, y por no poder ellos concederle la dictadura sobre Francia, era

⁶ Una larga cita en alemán del *Volksstaat*, 28.09.1872, destaca tres motivos. Marx y Engels estaban demasiado ocupados por *sus trabajos científicos* para seguir atendiendo el consejo general. Dejar a los blanquistas conspiradores y charlatanes el consejo general no tenía sentido. Al fin, Marx se había atraído la antipatía de los sindicalistas ingleses tratándoles de vendidos a los gobernantes. Según la traducción italiana en *Bacunin, Opere Complete*, III, p.181 (Nota de F. M.).

imposible que permaneciesen mucho tiempo amigos. Es así como incluso antes del Congreso de La Haya, cuando todas las apariencias de la amistad más tierna existían todavía entre ellos, el señor Marx y sus íntimos habían decidido la expulsión de los blanquistas del Consejo general. El *Volksstaat* lo confiesa sin rodeos, y añade que, dado que era imposible de apartarles mientras permanezca el Consejo general en Londres, se había decidido su traslado a América.

La otra razón, igualmente confesada por el *Volksstaat*, es la insubordinación ya manifiesta de los obreros de Inglaterra. Debió de ser una confesión penosa para el señor Marx, porque es el de un muy gran fracaso. Fuera de su ciencia económica, incontestablemente muy seria, muy honda, y al lado de su talento también notable e incontestable de intrigante político, el señor Marx, para magnetizar y para dominar a sus compatriotas, siempre se valió de dos valores, uno francés, otro inglés: el primero consistente en la imitación bastante infeliz del espíritu francés, el otro en una afectación mucho mejor lograda de la razón práctica de los ingleses. El señor Marx vivió más de veinte años en Londres en medio de los trabajadores ingleses, y, como les ocurre casi siempre a los alemanes que, avergonzados en el secreto de su corazón de su propio país, adoptan y exageran de un modo bastante torpe las costumbres y el lenguaje del país en que habitan, al señor Marx le gusta mostrarse a menudo más inglés que los mismos ingleses. Me apresuro a añadir que por aplicar durante tantos años su notable inteligencia al estudio de los hechos económicos de Inglaterra, adquirió un conocimiento muy detallado y muy profundizado de las relaciones económicas del trabajo y del capital en este país. Todos sus escritos dan fe de ello, y, si se prescinde de cierta jerga hegeliana de la que no pudo librarse, se halla que, bajo el pretexto especioso que todos los otros países, siendo más atrasados desde el punto de vista de la gran producción capitalista, lo son necesariamente también desde el de la revolución social, el señor Marx sólo tiene principalmente como objetivo los hechos ingleses. Se diría un inglés hablando exclusivamente a ingleses.

Eso no constituye, sin duda, un muy gran mérito desde el punto de vista de la internacionalidad, pero al menos se podía concluir que el señor Marx debía ejercer una influencia tan legítima como saludable en los obreros de Inglaterra; y, en efecto, una intimidad muy seria y una gran confianza mutua parecen haber existido durante muchos años entre él y no pocos obreros ingleses particularmente activos, lo que hacía creer a todo el mundo que disfrutaba, en general, de una autoridad considerable en Inglaterra, y eso no dejaba de aumentar su prestigio en el continente. Se esperaba pues con tanta impaciencia como confianza, en toda la Internacional, el momento en que, gracias a su propaganda enérgica e inteligente, el millón de trabajadores que forman hoy la asociación formidable de los *Trade Unions* pasarían con armas y bagajes a nuestro campo.

Esta esperanza está por cumplirse, al menos en parte. Ya acaba de formarse una Federación inglesa, formalmente adherente a la Internacional,. ¡Pero, extraña cosa! el primer acto de esta Federación, fue romper abiertamente toda relación de solidaridad con el señor Marx; y si se juzga de acuerdo a lo que delata el *Volksstaat*, y sobre todo según las palabras amargas, las injurias que el señor Marx, en el Congreso de La Haya, echó imprudentemente en cara de los trabajadores ingleses ⁷, se llega a esta conclusión que el proletariado de Gran Bretaña decididamente se niega a doblar el cuello ante el yugo del dictador socialista de Alemania. ¡Haber intentado seducir a un pueblo durante más de veinte años para llegar a tal resultado! ¡Haber cantado en todos los tonos las alabanzas de los trabajadores ingleses, recomendarles como modelos que imitar al proletariado de todos los otros países, luego verse forzado de golpe a maldecirles y declararles vendidos a todas las reacciones! ¡Qué desgracia y qué caída, no para los obreros ingleses, sino para el señor Marx!

⁷ Voir la nota 4 (Nota de F. M.).

Una caída, por lo demás, perfectamente merecida. El señor Marx había mistificado demasiado tiempo a los miembros ingleses del Consejo general. Aprovechando en parte la ignorancia de estos de los asuntos del continente, y en parte también su indiferencia tan de lamentar para dichos asuntos, durante muchos años él consiguió hacerles aceptar todo lo que quiso. Parece haber existido entre el señor Marx y estos miembros ingleses una suerte de acuerdo tácito, de que el señor Marx no tenía que meterse en las cuestiones propiamente inglesas, o de que no debía intervenir tanto como les gustaría; en cambio, ellos le abandonarían toda la dirección de la Internacional en el continente, que les interesaba muy poco. Para el honor de esos ciudadanos, hay que suponer que tuvieron la mayor confianza en la lealtad y en la justicia del señor Marx.

Se sabe ahora hasta qué punto el señor Marx abusó de esta confianza. Se sabe que todos los asuntos de la Internacional, o antes que todas las intrigas que se fomentaron en actitudes, en nuestra gran asociación, en nombre del Consejo general, habían sido combinadas y dirigidas por un círculo íntimo del señor Marx, integrado casi exclusivamente por alemanes, y que cumplían en cierto modo las funciones de un comité ejecutivo: este comité lo sabía todo, lo decidía todo, lo hacía todo. Los otros miembros, que formaban la gran mayoría del Consejo general, en cambio, ignoraron absolutamente todo. Se extremó la cortesía para con ellos hasta ahorrarle la pena de firmar sus apellidos en las circulares del Consejo general; se los ponían por ellos, de modo que, hasta el último momento, ni siquiera tuvieron la menor idea de todas las abominaciones de que fueron responsables sin que lo supiesen.

Se concibe que provecho debían de sacar de tan favorable situación hombres como el señor Marx y sus amigos, políticos demasiado hábiles para detenerse por escrúpulos. No hace falta decir, a mi parecer, qué fue el objetivo de la gran intriga. Era el establecimiento de la dictadura revolucionaria del señor Marx en Europa, por medio de la Internacional. Alberoni ⁸ nuevo, el señor Marx se sintió con la audacia suficiente como para concebir y para realizar tal pensamiento. En cuanto a los medios de ejecución, tengo que observar que habló de ellos con una ligereza y un desdén poco sinceros en su último discurso de Ámsterdam. Es verdad, como lo dijo, que para someter el mundo no tiene a su disposición ni ejércitos, ni finanzas, ni fusiles Chassepots, ni cañones Krupp. Pero, en cambio, tiene un notable ingenio de intriga y una resolución que no se para ante ninguna vileza; además tiene a su servicio un numeroso cuerpo de agentes, jerárquicamente organizados y que actúan en secreto bajo sus órdenes directas; una suerte de masonería socialista y literaria en la que sus compatriotas, los judíos alemanes y otros, ocupan un lugar considerable y despliegan un celo digno de una mejor causa. Tiene al final el gran número de la Internacional, que ejerce un poder tan mágico en el proletariado de todos los países, y del que, durante demasiado tiempo, se le permitió valerse para llevar a cabo sus ambiciosos proyectos.

[La preparación de una campaña por Marx y los suyos]

Desde 1869, pero sobre todo desde 1871, entró en campaña el señor Marx. Hasta el Congreso de Basilea (septiembre de 1869), supo enmascarar sus proyectos. Pero por excitar su cólera y sus temores las resoluciones de este Congreso ⁹, ordenó a todos sus fieles un ataque general y furioso contra quienes empezó en adelante a odiar como adversarios irreconciliables de su principio y de su dictadura. El fuego se abrió sucesivamente contra mis amigos y yo, pero sobre todo contra mí, primero en París, luego en Leipzig y en Nueva York,

⁸ El cardenal Giulio Alberoni (1664-1752), ministro de Felipe V, intentó asegurar a España una posición dominante en Europa, pero por haber fracasado, fue exiliado.

⁹ La discusión sobre el derecho de herencia tuvo lugar, a pesar del rechazo del Consejo general (Nota de F. M.).

por fin en Ginebra. En lugares de obuses, los artilleros marxianos nos tiraron lodo. Fue un diluvio de calumnias estúpidas, inmundas ¹⁰.

Ya en la primavera de 1870 yo sabía, por haberlo contado a quién quería oírle el señor Utin (un judío ruso mezquino¹¹ que por todo tipo de vilezas se esfuerza en hacerse una posición en esta pobre Internacional de Ginebra), que el señor Marx le había escrito una carta confidencial en la que le recomendaba recoger contra mí cuantos hechos, es decir todos los embustes, cuantas acusaciones, tan odiosas como sea posible, con apariencias de pruebas, añadiendo que si dichas apariencias eran plausibles, servirían contra mí en el próximo Congreso. Desde aquel momento se empezó a fraguar la famosa calumnia, fundada en mis relaciones pasadas con el infeliz Nechayev, relaciones de que todavía no me es posible hablar ¹², y que los marxianos de la comisión de encuesta acaban de usar para dictar al Congreso marxiano de La Haya la sentencia, ya preparada por adelantado, de mi expulsión.

Para dar la medida de la buena fe de los agentes y de los periódicos marxianos, permítaseme contar otra anécdota. Estoy tan acostumbrado a saberme sistemática y regularmente difamado en casi cada número del *Volksstaat*, que habitualmente ni siquiera me doy la pena de leer las necedades que van soltando en contra mío. Por excepción, mis amigos me enseñaron una de que creo útil mencionar aquí, cuanto más que me parece muy propia para destacar la lealtad y la veracidad del señor Marx. El respetable periódico de Leipzig, órgano oficial del Partido de la democracia socialista en Alemania, parece haberse dado el cometido de probar que sólo soy nada menos que un agente retribuido por el gobierno ruso. Publicó con este objetivo los hechos más *inauditos*, por ejemplo, que *por añadidura* mi fallecido compatriota Alexandre Herzen y yo, ambos recibíamos subsidios considerables de un comité paneslavista establecido en Moscú bajo la dirección inmediata del gobierno de San Petersburgo y que tras la muerte de Herzen tuve la ventaja de que me duplicara la pensión ¹³. Se entiende que contra hechos tan triunfales no pudiese contestar nada.

En el número [71] del [4 de septiembre de 1872] del *Volksstaat*, se cuenta la siguiente anécdota: En 1848, estando Bakunin en Breslau, donde los demócratas alemanes cometieron la necesidad de aceptarle con plena confianza, sin cerciorarse de que hacía propaganda paneslavista, un periódico de Colonia, la *Neue Rheinische Zeitung*, redactada por los señores Marx y Engels, publicó una correspondencia de París en la que se escribía que la señora George Sand se había expresado de una manera muy inquietante respecto a Bakunin, diciendo que era necesario precaverse, que no se sabía ni quién era ni lo que quería, que era en una palabra un personaje muy equívoco, etc., etc. el *Volksstaat* añade que nunca había respondido Bakunin esta acusación tan directa, al contrario se eclipsó y sobre todo se refugió en Rusia tras la publicación de esta correspondencia, y sólo reapareció en 1849 en Alemania para tomar parte, sin duda como agente provocador, en el movimiento insurreccional de Dresde ¹⁴.

¹⁰ La comisión encargada de encuestar a Bakunin en el Congreso de La Haya *no le hizo por cierto honor [...] Hubiera sido por lo menos comprensible que Bakunin fuese expulsado por razones políticas [...] pero querer perderle en su reputación por razones de divergencias de opinión, tal actitud era inexcusable; es Marx desgraciadamente quien lleva la responsabilidad.* Mehring Franz *Karl Marx, histoire de sa vie*, París, 1983, p. 542 (Nota de F. M.).

¹¹ El informador de Marx retornó más tarde a Rusia y fue miembro de la Ojrana, la policía secreta zarista ¡Poco olfato tuvo Marx! (Nota de F. M.).

¹² Nechayev podía ser extraditado de Suiza a Rusia, lo que sucedió. Ver la carta que Bakunin le remitió en junio de 1870 para deshacer sus embrollos pseudo revolucionarios (http://www.fondation-besnard.org/article.php3?id_article=644) (Nota de F. M.).

¹³ Acusación infundada, consecuencia del jesuitismo de Netchayev (Nota de F. M.).

¹⁴ *Volksstaat*, 4 de septiembre de 1872 (Nota de F. M. según Lehning).

Viene ahora la verdad de los hechos. Los señores Marx y Engels publicaron realmente esta correspondencia de París contra mí, lo que sólo prueba que ya antes experimentaban una muy tierna amistad hacia mí y con este espíritu de lealtad y justicia que les distingue hoy. No creo necesario contar aquí los hechos que causaron en aquel entonces esta señal de benevolencia; pero creo que me corresponde añadir lo que sigue, por haberlo olvidado el *Volksstaat* o desaprovechado decirlo. En 1848, era yo más joven, más impresionable, y por consiguiente mucho menos resistente e indiferente que lo soy en el día de hoy; y, en cuanto leí esta correspondencia parisiense del periódico de los señores Marx y Engels, me apresuré a escribir una carta a la señora George Sand, que era a la sazón mucho más revolucionaria de lo es por ahora, y por ella yo había profesado una admiración muy sincera y muy viva. Esta carta, en que le pedía la explicación de las frases que le atribuían sobre mí, le fue entregada por mi amigo Adolphe Reichel, ahora director de música en Berna. La señora Sand me respondió con una carta encantadora, expresándome la más leal amistad. Al mismo tiempo dirigió a los señores Marx y Engels una carta enérgica en la que les echaba en cara con indignación el abuso que se habían atrevido a hacer de su apellido para calumniar a su amigo Bakunin, por quien tenía tanta amistad como estima. Por mi lado le había rogado a un amigo, el polaco Koscielski, que por asuntos suyos iba a Colonia, que exigiera en mi nombre de los señores redactores de *La Nueva Gazeta Renana* o una retractación pública, o una satisfacción con las armas en la mano. Bajo esta doble presión, estos señores se mostraron muy flexibles, muy amables. Publicaron la carta que les había dirigido la señora Sand, - una carta muy desagradable para su amor propio - y agregaron una línea en las que lamentaban que se hubiera insertado, *durante su ausencia*, en su periódico, una correspondencia insensata dirigida contra el honor de su “amigo Bakunin”, por quien ellos también tenían el corazón lleno de afecto y estima. Se entiende que tras semejante declaración, - que el *Volksstaat* puede encontrar en uno de los números de julio o agosto de *La Nueva Gaceta Renana* de 1848 como en el recuerdo de los señores Marx y Engels, que por cierto no cometerán la torpeza de negarla - yo no hubiera necesitado de ellos ninguna otra satisfacción. En cuanto a mi supuesta desaparición en Rusia, estos señores saben mejor que nadie que no dejé Alemania más que en 1850, después de un año de residencia forzada en la fortaleza de Königstein, cuando me trasladaron encadenado a Praga, luego a Olmütz, de donde en 1851 me mandaron, encadenado siempre, a San Petersburgo.

Siento un verdadero asco al verme forzado a contar todas estas historias. Lo hago hoy por primera y última vez, con el fin de mostrar al público contra qué tipo de gente estoy condenado a combatir. Su ensañamiento en contra mío, cuando nunca les atacé personalmente, cuando ni siquiera hablé de ellos jamás e incluso me abstuve sistemáticamente responder sus agresiones inmundas, esta persistencia odiosa con la que, desde mi fuga de Siberia, en 1861, se esfuerzan en calumniarme y difamarme en todas sus correspondencias íntimas y en todos sus periódicos constituyen a mis ojos un fenómeno tan extraño que hoy mismo no he conseguido todavía comprenderlo. Lo que están haciendo contra mí no es sólo odioso, repugnante, es tonto. Cómo es posible que estos señores no hayan entendido que al atacarme con esta saña increíble, hicieron mucho más por mi gloria que lo que pude hacer yo mismo; porque todos los escandalosos cuentos que desparraman con este odio apasionado contra mí, en todas las partes del mundo, caerán naturalmente bajo el peso de su propio absurdo, pero mi nombre permanecerá. Y a este nombre, que habrán contribuido tan poderosamente a hacer conocer por el mundo, permanecerá vinculado la gloria real, legítima, de haber sido el adversario despiadado e irreconciliable, no de sus personas de que me ocupo muy poco, sino de sus teorías autoritarias y de su ridícula y odiosa pretensión a la dictadura del mundo. Si fuera yo por tanto un sediento de gloria, un vanidoso, un ambicioso, lejos de tener rencor por todos estos ataques, tendría que estarles infinitamente agradecido, porque,

esforzándose en denigrarme, hicieron lo que nunca estuvo en mis intenciones ni en mis gustos hacer: me dieron la fama.

En marzo de 1870, siempre en nombre del Consejo general y con la firma de todos sus miembros, el señor Marx lanzó contra mí una circular difamatoria, redactada en francés y en alemán y dirigida a las Federaciones Regionales ¹⁵. Sólo tuve conocimiento de esta circular hace apenas seis o siete meses, con motivo del último juicio a los señores Liebknecht y Bebel, en que figuró y se publicó como cuerpo del delito contra ellos. En este memorándum dirigido, al parecer, exclusivamente en contra mío y de que desconozco aún hoy los detalles, el señor Marx recomienda entre otras cosas a sus íntimos el *trabajo subterráneo* en la Internacional. Luego se ocupa de mi caso y, entre otras muchas amenidades, lanza contra mí la acusación de haber fundado en la Internacional, y con el objetivo evidente de destruirla, una sociedad secreta perniciosa denominada la Alianza. Pero lo que me pareció el colmo del ridículo es que, mientras yo estaba muy tranquilo en Locarno, muy lejos de todas las secciones de la Internacional, el señor Marx me acusaba de llevar una terrible intriga, - miren cómo nos equivocamos a veces al juzgar a los hombres por nosotros mismos, - una intriga que tenía por objeto trasladar el Consejo general de Londres a Suiza, con la intención evidente de sentar allí mi dictadura. La circular terminaba por una demostración muy sabia y del todo victoriosa de la necesidad que había - y que ya no existe hoy, al parecer - de mantener el Consejo general en Londres, pareciendo esta ciudad al señor Marx, hasta el Congreso de La Haya, ser el centro natural, la capital genuina del comercio mundial. Parece que dejó de serlo desde que los obreros ingleses se rebelaron contra el señor Marx, o más bien desde que adivinaron sus aspiraciones a la dictadura y cuando tuvieron conocimiento de los medios demasiado hábiles de que se valió para conquistarla.

[La táctica actual y la visión socio-económica futura de Marx según Bakunin]

Pero es a partir de septiembre de 1871, época de la famosa Conferencia de Londres, cuando comenzó la guerra decisiva, abierta, contra nosotros; abierta en cuanto, de parte de hombres tan gobernantes y prudentes como los señores Marx y sus adeptos, podía serla.

La catástrofe de Francia parece haber despertado en el corazón del señor Marx fuertes esperanzas, al mismo tiempo que los triunfos del señor de Bismarck - que en una carta semi-oficial ¹⁶ que tengo bajo los ojos, del señor Engels, el *alter ego* y el amigo más íntimo del señor Marx, presente como servidor muy útil de la revolución social - despertaron en él una muy gran envidia. Como alemán se enorgulleció naturalmente, como demócrata socialista se consoló con el señor Engels por el pensamiento que al final de cuentas ese triunfo de la monarquía prusiana debía pasar tarde o temprano al del gran Estado republicano y popular de que él es el patrono; pero como individuo quedó cruelmente mortificado al ver a otro que él hacer tanto ruido y subir tan alto.

Acudo al recuerdo de todos los que tuvieron la oportunidad de oír y ver a los alemanes durante los años 1870 y 1871. Por poca pena que se hubiesen dado para desentrañar el fondo del pensamiento de estos últimos a través de las contradicciones de un lenguaje equívoco, dirán conmigo que salvo pocas excepciones, no sólo entre los radicales, sino en la inmensa mayoría de los mismos demócratas socialistas, al lado de la tristeza muy real que probaban viendo una República sucumbir bajo los golpes de un déspota, hubo una satisfacción general en presencia de Francia caída tan abajo y de Alemania alzada tan arriba. Incluso entre quienes entre ellos lucharon más corajudamente contra esta corriente patriótica que invadió a toda Alemania, incluso en los señores Bebel y Liebknecht que pagaron y siguen pagando aún con su libertad sus protestas enérgicas contra la barbarie prusiana, en nombre de los derechos de

¹⁵ 28 de marzo de 1870 (Nota de F. M. según Lehning).

¹⁶ Una carta a Cafiero, según Lehning (Nota de F. M).

Francia, se pudo observar trazas indudables de ese triunfo nacional. Por ejemplo, me acuerdo de haber leído en uno de los números de septiembre de 1870 del *Volksstaat* la frase siguiente, que, por no tener el número a la vista, no puedo ahora reproducir el texto preciso, pero cuyo sentido me extrañó con demasiada viveza como para que hubiera olvidado el sentido y el tono general: « Ahora – se decía - que, con motivo de la derrota de Francia, *la iniciativa del movimiento socialista ha pasado de Francia a Alemania*, grandes deberes nos incumben ¹⁷.»

En estas palabras se encuentra todo el pensamiento, toda la esperanza, toda la ambición de los marxianos. Creen seriamente que el triunfo militar y político obtenido recientemente por los alemanes sobre Francia marca el inicio de una gran época en la historia, a partir de la que a Alemania le cumple en todos los ámbitos el primer papel en el mundo, sin duda por la salvación del mundo mismo. Francia y todos los pueblos latinos *fuleron*, los eslavos *no son todavía*, y por lo demás son demasiado bárbaros para ser algo por sí mismos, sin la ayuda de Alemania; sólo Alemania, ahora, *es*. De todo esto resulta entre los alemanes un triple sentimiento. De cara a los pueblos latinos, « *antaño inteligentes y potentes, pero hoy caídos en decadencia* », experimentan una suerte de respeto misericordioso, mezclado de indulgencia; son corteses, antes intentan ser corteses con ellos, porque la cortesía no está ni en las hábitos ni en la naturaleza de los alemanes. De cara a los eslavos afectar el desprecio, pero en este desprecio hay mucho temor; su sentimiento real para con ellos, es el odio, el odio que los opresores sienten por quienes están oprimiendo y de quienes temen las terribles revueltas. Frente a sí mismos, por fin, se han vuelto excesivamente presuntuosos, están infatuados de sí mismos, lo que ne les hace del todo más amables, y se imaginan ser y poder algo bajo el yugo unitario - y *revolucionario* (añadiría sin duda el señor Engels) - de su imperador pangermánico.

Lo que el señor de Bismarck hizo por el mundo político y burgués, el señor Marx, pretende hacerlo hoy por el mundo socialista, en el seno del proletariado de Europa: substituir la iniciativa francesa por la iniciativa y la dominación alemanas; y como, según él y sus discípulos, no hay pensamiento alemán más avanzado que el suyo, creyó llegado el momento de hacerlo triunfar teórica y prácticamente en la Internacional. Tal fue el objetivo principal, único de la Conferencia que había reunido, en septiembre de 1871, en Londres.

Este pensamiento marxiano está explícitamente desarrollado en el famoso Manifiesto de los comunistas alemanes redactado y publicado en 1848 por los señores Marx y Engels. Es la teoría de la emancipación del proletariado y de la organización del trabajo por el Estado. Parece que en el Congreso de La Haya, el señor Engels, asustado por la impresión detestable que produjo la lectura de algunos pasajes de ese Manifiesto, se apresuró a declarar que era ya un documento antiguo, una teoría abandonada por ellos mismos. Si lo dijo, estuvo falto de sinceridad. En efecto en la misma víspera de este Congreso, los marxianos se esforzaron por propagar este documento en todos los países. Por lo demás, se encuentra literalmente reproducido, con todos sus principales rasgos en el programa del Partido demócrata socialista de los obreros alemanes. El punto principal, que se encuentra igualmente en el manifiesto redactado por el señor Marx en 1864 en nombre del Consejo general provisorio, y que fue eliminado del programa de la Internacional por el Congreso de Ginebra, es la **CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO POR LA CLASE OBRERA**.

Se comprende que hombres tan indispensables como los señores Marx y Engels sean partidarios de un programa que, conservando y predicando el poder político, abre la puerta a todas las ambiciones. Puesto que habrá un poder político, habrá necesariamente súbditos disfrazados republicanamente de ciudadanos, es verdad, pero que no dejarán de ser súbditos,

¹⁷ *Volksstaat*, 11 de septiembre de 1870; carta de Marx a Engels del 20 de julio de 1870 *Los franceses necesitan una paliza. Si ganan los prusianos, la centralización del poder del Estado será útil a la centralización de la clase obrera alemana. El predominio alemán, además, trasladará el centro de gravedad del Movimiento obrero europeo de Francia a Alemania [...]* (Nota de F. M., según Lehning).

y como tales serán forzados a obedecer, porque sin obediencia no hay poder posible. Se me objetará que no obedecerán a hombres, sino a leyes que habrán hecho ellos mismos. A esto responderé que todo el mundo sabe cómo, en los países más democráticos, más libres, pero políticamente gobernados, el pueblo hace las leyes, y lo que significa su obediencia a dichas leyes. Cualquiera que no tiene el prejuicio de tomar las ficciones por realidades ha de reconocer que, hasta en estos países, el pueblo obedece no a leyes que hizo verdaderamente él mismo, sino [a leyes] que hicieron en su nombre, y que obedecer a estas leyes nunca tiene otro sentido para el que someterse a la arbitrariedad de una minoría tutelar y gobernante cualquiera, o, lo que quiere decir la misma cosa, ser libremente esclavo.

Hay en este programa otra expresión que nos resulta profundamente antipática, a nosotros anarquistas revolucionarios que queremos francamente la completa emancipación popular: es el proletariado, el mundo de los trabajadores presentado como clase, no como masa. ¿Saben qué significa? Ni más ni menos que una aristocracia nueva, la de los obreros de las fábricas y de las ciudades, con exclusión de los millones que constituyen el proletariado del campo y que, en las previsiones de los señores demócratas socialistas de Alemania, serán propiamente súbditos en su gran Estado supuestamente popular. *Clase, poder, Estado* son tres términos inseparables, cada uno supone necesariamente los otros dos, y que juntos se resumen definitivamente por esas palabras: *la supeditación política y la explotación económica de las masas*.

Los marxianos piensan que del mismo modo que en el siglo pasado la clase burguesa destronó a la clase nobiliaria para tomar su lugar y para absorberla lentamente en su cuerpo, compartiendo con ella la dominación y la explotación de los trabajadores tanto de las ciudades como del campo, el proletariado de las ciudades es llamado hoy a destronar a la clase burguesa, a absorberla y a compartir con ella la dominación y la explotación del proletariado del campo, este último paria de la historia, excepto de rebelarse este y demoler todas las clases, todas las dominaciones, todos los poderes, y en un palabra todos los Estados, más tarde.

Por eso no rechazan de una manera absoluta nuestro programa. Nos reprochan solamente querer apresurar, adelantar la marcha lenta de la historia, y desconocer la ley positiva de las evoluciones sucesivas. Como tuvieron la valentía muy alemana de proclamar, en sus obras consagradas al análisis filosófico del pasado, que la derrota sangrienta de los campesinos rebeldes de Alemania y el triunfo de los Estados despóticos en el siglo XVI había constituido un gran progreso revolucionario, tienen hoy la de conformarse con el establecimiento de un nuevo despotismo supuestamente en beneficio de los obreros de las ciudades y en detrimento de los trabajadores del campo.

Es siempre el mismo temperamento alemán y la misma lógica que conducen directa, fatalmente, a lo que llamamos el socialismo burgués, y a la conclusión de un pacto político nuevo entre la burguesía radical o forzada a aparentarlo, y la minoría *inteligente*, respetable, es decir debidamente *aburguesada*, del proletariado de las ciudades, con exclusión y en detrimento de la masa del proletariado no sólo del campo, sino de las ciudades.

Tal es el verdadero sentido de las candidaturas operarias a los parlamentos de los Estados existente, y el de la conquista del poder político por la clase obrera. En efecto inclusive sólo desde el punto de vista del proletariado de las ciudades, en beneficio exclusivo del que se quiere tomar el poder político, ¿acaso no es claro que la naturaleza popular de este poder nunca será otra cosa que una ficción? Será evidentemente imposible que algunas centenas o incluso algunas decenas de miles, qué digo, algunos millares de hombres únicamente, puedan efectivamente ejercer este poder. Deberán necesariamente ejercerlo por procuración, o sea confiarlo a un grupo de hombres elegidos por ellos mismos para representarles y para gobernarles, lo que les hará recaer sin faltar en todas las mentiras y en

todas las servidumbres del régimen representativo o burgués. Después de un corto momento de libertad u orgía revolucionarias, ciudadanos de un Estado nuevo, se despertarán esclavos, juguetes y víctimas de nuevos ambiciosos.

Se puede concebir cómo y por qué los políticos hábiles se vinculan con una gran pasión a un programa que les abre a su ambición un horizonte tan amplio; pero que obreros serios, que llevan en su corazón como una llama viviente el sentimiento de solidaridad con sus compañeros de esclavitud y miseria en el mundo entero, y que quieren emanciparse no a expensas de todos, sino por la emancipación de todos, para ser libres ellos mismos con todos y no para convertirse tiranos a su vez; que trabajadores de buena fe pueda prenderse de tal programa, esto es mucho más difícil de comprender.

[Lagunas del análisis socio-histórico de Marx]

Por eso tengo la firme confianza que dentro de unos años los mismos obreros de Alemania, reconociendo las consecuencias fatales de una teoría que no puede favorecer sino la ambición de sus jefes burgueses, o de unos pocos obreros que intentan trepar en los hombros de los suyos para llegar a ser burgueses dominadores y explotadores a su vez, la apartarán con desdén y cólera, y abrazarán con tanta pasión como lo hacen ahora los obreros de los grandes países meridionales, Francia, España, Italia, como los obreros holandeses y belgas, el verdadero programa de la emancipación operaria, el de la destrucción de los Estados.

En espera de esto, reconocemos perfectamente su derecho a caminar por la vía que le parece la mejor, siempre que nos dejen la misma libertad. Reconocemos incluso que es muy posible que por toda su historia, su índole particular, el estado de su civilización y toda su situación actual, estén forzado a caminar por esta vía. Que los trabajadores alemanes, americanos e ingleses intenten pues conquistar el poder político, puesto que les gusta. Pero que nos permitan a los trabajadores de los otros países caminar con la misma energía a la destrucción de todos los poderes políticos. La libertad para todos y el respeto mutuo de esta libertad, dije, tales son las condiciones esenciales de la solidaridad internacional.

Pero el señor Marx no quiere desde luego esta solidaridad, puesto que se niega a reconocer esta libertad. Para apoyar su denegación, tiene una teoría muy especial que no es, por lo demás, sino una consecuencia lógica de todo su sistema. El estado político de cada país, dice, es siempre el producto y la fiel expresión de su situación económica; para cambiar el primero, sólo hay que transformar esta última. Todo el secreto de las evoluciones históricas, según el señor Marx, está en eso. No toma en absoluto en cuenta los otros elementos de la historia, como la reacción, sin embargo evidente, de las instituciones políticas, jurídicas y religiosas en la situación económica. Dice: “La miseria produce la esclavitud política, el Estado”; pero no permite invertir esta frase y decir: “La esclavitud política, el Estado, reproduce a su vez y mantiene la miseria, como una condición de su existencia; de modo que, para destruir la miseria, es preciso destruir el Estado.” Y, cosa peregrina, él que prohíbe a sus adversarios criticar la esclavitud política, el Estado, como una causa *actual* de la miseria, ordena a sus amigos y discípulos del Partido de la democracia socialista en Alemania que consideren la conquista del poder y de las libertades políticas como la condición previa, absolutamente necesaria, de la emancipación económica.

El señor Marx desconoce igualmente del todo un elemento muy importante en el desarrollo histórico de la humanidad: es el temperamento y el carácter particulares de cada raza¹⁸ y de cada pueblo, temperamento y carácter que son naturalmente ellos mismos los productos de una multitud de causas etnográficas, climatológicas y económicas, como

¹⁸ Raza, en el sentido banal del siglo XIX, de cultura y de raza en el sentido biológico. (Nota de F. M.)..

históricas, pero que, una vez dadas, ejercen, incluso fuera e independientemente de las condiciones económicas de cada país, una influencia considerable en el destino, y hasta en el desarrollo de sus fuerzas económicas. Entre dichos elementos y estos rasgos para así decirlo naturales, hay uno cuya acción es del todo decisiva en la historia particular de cada pueblo: es la intensidad del instinto de revuelta, y por la misma de libertad, con que está dotado o que ha conservado. Este instinto es un hecho totalmente primordial, animal; se lo encuentra en diferentes grados en cada ser viviente, y la energía, la potencia vital de cada uno se mide según su intensidad. En el hombre, al lado de las necesidades económicas que le impelen, se convierte en el agente más poderoso de todas las emancipaciones humanas. Y como es un asunto de temperamento, no de cultura intelectual y moral, si bien suele solicitar uno y otra, ocurre algunas veces que unos pueblos civilizados no lo poseen sino en un grado débil, ya sea que se agotaron en sus desarrollos anteriores, ya sea que la naturaleza misma de su civilización los hubiera depravado, ya sea al fin que, desde el principio de su historia, fueron menos dotados que los demás.

En un escrito precedente ¹⁹, traté de probar que la nación alemana se halla precisamente en ese caso. Posee muchas otras cualidades sólidas, que forman una nación del todo respetable: es laboriosa, ahorrativa, razonable, estudiosa, reflexiva, sabia, gran razonadora y amorosa de la disciplina jerárquica al mismo tiempo, y dotada de una fuerza de expansión considerable; los alemanes, poco apegados a su propio país, van a buscar sus medios de existencia por doquier, y, como ya lo noté, adoptan fácilmente, sino siempre afortunadamente, los usos y costumbres de los países extranjero donde viven. Pero al lado de tantas ventajas incontestables, les falta una, el amor de la libertad, el instinto de la rebeldía. Son el pueblo más resignado y obediente del mundo. Con este tiene otro gran defecto, es el espíritu de acaparamiento, de absorción sistemática y lenta y de dominación, lo que hace de este pueblo, sobre todo en este momento, la nación más peligrosa por la libertad del mundo.

Tal fue en todo su pasado, tal es todavía hoy la Alemania nobiliaria y burguesa. El proletariado alemán, víctima secular de una y de la otra, ¿puede ser solidario del espíritu de conquista que se viene manifestando hoy en las regiones superiores de esta nación? De hecho, sin duda no. Porque un pueblo conquistador es necesariamente un pueblo esclavo, y el esclavo, es siempre él. La conquista es por tanto del todo opuesta a su interés y a su libertad. Pero [es] solidario en su imaginación, y quedará solidario mientras no haya comprendido que este Estado pangermánico, republicano y supuestamente popular, que se le promete para un futuro más o menos próximo no sería otra cosa, de llegar un día a realizarse, que una forma nueva de una muy dura esclavitud para él mismo.

Hasta ahora por lo menos, no parece haberlo entendido, y ninguno de sus jefes, ninguno de sus oradores, ni ninguno de sus publicistas no se ha dado aún la pena de explicárselo. Todos intentan llevarlo al contrario por una vía donde únicamente dará con la animadversión del mundo y su propia supeditación; y mientras obedezca a su dirección, prosiga esta horrible ilusión del Estado popular, por cierto, no tendrá la iniciativa de la revolución social. Esta revolución le vendrá por otra parte, probablemente del Mediodía, y entonces, cediendo al contagio universal, desencadenará sus pasiones populares y derribará de un golpe la dominación de sus tiranos y de sus supuestos emancipadores.

El razonamiento del señor Marx desemboca en resultados absolutamente contrarios. Tomando en consideración la única cuestión económica, se dice a sí mismo que los países más avanzados y por consiguiente más capaces de hacer una revolución social son los en que la producción capitalista moderna alcanzó el más alto grado de su desarrollo. Son ellos que, con exclusión de todos los demás, son los países civilizados, los solos llamados a iniciar y a dirigir esta revolución. Esta revolución consistirá en la expropiación sea sucesiva, sea violenta

¹⁹ *El imperio Knutogermánico.*

de los propietarios y capitalistas actuales, y en la apropiación de todas las tierras y de todo el capital por el Estado, que, para poder cumplir su gran misión económica y también política, deberá ser necesariamente muy extendido, muy poderoso y muy fuertemente concentrado. El Estado administrará y dirigirá el cultivo de la tierra por medio de sus ingenieros retribuidos mandando ejércitos de trabajadores rurales, organizados y disciplinados para este cultivo. Al mismo tiempo, sobre la ruina de todos los bancos existentes, establecerá un banco único, comanditario de todo el trabajo y de todo el comercio nacional²⁰.

Se entiende que, de entrada, un plan de organización tan sencillo, en apariencia al menos, pueda seducir la imaginación de obreros más ávidos de justicia y de igualdad que de libertad, y que se imaginan locamente que una y otra pueden existir sin libertad, como si, para conquistar y consolidar la justicia y la igualdad, se pudiera contar con alguien ajeno y con los gobernantes sobre todo, ¡por muy elegidos y controlados que se digan por el pueblo! En realidad, sería para el proletariado un régimen castrense, donde la masa uniformizada de los trabajadores y trabajadoras se despertaría, dormiría, trabajaría y viviría *al son del tambor*; para los hábiles y los científicos, sería un privilegio de gobierno; y para los judíos, atraídos por la inmensidad de las especulaciones internacionales de los bancos nacionales, un amplio campo de trapeo lucrativo.

Al interior será la esclavitud, al exterior la guerra sin tregua, a menos que todos los pueblos de las razas «inferiores», latina y eslava, una fatigada de la civilización burguesa, la otra casi ignorándola y desdeñándola por instinto, no se resignen a sufrir el yugo de una nación esencialmente burguesa y de un Estado cuanto más despótico que se denominará el Estado popular.

La revolución social, tal como se la representan, la desean y la esperan los trabajadores latinos y eslavos, es infinitamente más amplia de la que le promete el programa alemán o marxiano. No se trata para ellos de la emancipación parsimoniosamente medida, y realizable a muy largos plazos únicamente de la clase obrera, sino de la emancipación completa y real de todo el proletariado, no sólo de algunos países, sino de todas las naciones, civilizadas y no civilizadas, la civilización nueva, francamente popular, deberá empezar por este acto de emancipación universal. Y la primera palabra de esta emancipación no puede ser más que la *libertad*, no esta libertad política, burguesa, tan predicada y recomendada como un objeto de conquista previa por el señor Marx y sus adherentes, sino la *gran libertad humana* que, destruyendo todas las cadenas dogmáticas, metafísicas, políticas y jurídicas que agobian a todo el mundo hoy por hoy, devolverá a todo el mundo, a las colectividades como a los individuos, la plena autonomía de sus movimientos y de su desarrollo, liberados de una vez para todas de todos los inspectores, directores y tutores.

La segunda palabra de esta emancipación, es la *solidaridad*; no la solidaridad marxiana, organizada de arriba abajo por un gobierno cualquiera e impuesta sea por la añagaza, sea por la fuerza, a las masas populares; no esta solidaridad de todos que es la negación de la libertad de cada uno, y que con eso se vuelve una mentira, una ficción, que tiene como fondo real la esclavitud; sino la solidaridad que es al contrario la confirmación y la realización de toda libertad, que no toma su fuente en cualquier ley política, sino en la propia naturaleza colectiva del hombre, en virtud de la cual ningún hombre es libre si todos los hombres que le rodean y ejercen la menor influencia sea directa, sea indirecta en su vida no lo son igualmente. Esta verdad se halla expresado magníficamente en los *Derechos del hombre*, redactados por

²⁰ Se sabe que Karl Marx, en su carta a Vera Zasulich, que quedó como manuscrito, 1881, acepta vagamente la hipótesis del pasaje del colectivismo tradicional ruso –mir– al socialismo, sin pasar por el estadio del capitalismo burgués (<http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/marxzasulichcartas.pdf>). (Nota de F. M.).

Robespierre, que proclaman que *la esclavitud del último de los hombres es la esclavitud de todos*²¹.

La solidaridad que pedimos, lejos de ser el resultado de cualquier organización artificial o autoritaria, sólo puede ser el producto espontáneo de la vida social, económica como moral; el resultado de la libre federación de los intereses, de las aspiraciones y de las tendencias comunes. Tiene por bases esenciales la *igualdad*, el *trabajo colectivo*, que se vuelven obligatorios para cada uno no por la fuerza de las leyes, sino por la fuerza de las cosas, y la *propiedad colectiva*; tiene por luz dirigente la *experiencia*, es decir la práctica de la vida colectiva, y la *ciencia*; y por objetivo final la *constitución de la humanidad*, por consiguiente la ruina de todos los Estados.

Este es el ideal único no divino ni metafísico, sino humano y *práctico*²² que corresponde a las aspiraciones modernas de los pueblos latinos y eslavos. Quieren toda la libertad, toda la solidaridad, toda la igualdad; en una palabra, sólo quieren la humanidad, y no se contentarán, hasta a título provisorio y transitorio, con menos que esto. Los marxianos tildarán sus aspiraciones de locura; ya hace mucho tiempo que lo hicieron; esto no les desvió de su meta, y no cambiarán nunca la magnificencia de este objetivo por las pobreza muy burguesas del socialismo marxiano.

[La Comuna de París y su aporte]

La insurrección comunalista de París inauguró la revolución social. Lo que constituye la importancia de esta revolución, no son propiamente los muy escasos ensayos que tuvo la posibilidad y el tiempo de hacer, son las ideas que barajó, la viva luz que dio sobre la índole genuina y la meta de la revolución, las esperanzas que despertó por doquier, y por la misma conmoción potente que produjo en el seno de las masas populares de todos los países, pero sobre todo en Italia, donde el despertar popular se inicia con esta insurrección, cuyo rasgo principal es la revuelta de la Comuna y de las asociaciones obreras contra el Estado. Por esta insurrección Francia se remontó de golpe a su rango, y la capital de la revolución mundial, París, retomó su gloriosa iniciativa, su desafío bajo el cañón de los alemanes bismarckianizados. El efecto fue tan formidable por todas partes, que los mismos marxianos, con todas sus ideas derrocadas por esta insurrección, se vieron obligados de sacarse el

²¹ *Hay opresión contra el cuerpo social cuando uno solo de sus miembros es oprimido.* Artículo 34, declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano (Notas de F. M. según Lehning).

²² *Práctica en el sentido de que su realización será mucho menos difícil que la de la idea marxiana, que, al lado de la pobreza de su objetivo, presenta aún este grave inconveniente de ser absolutamente impracticable. No será la primera vez que unos hombres hábiles, razonables, preconizadores de cosas prácticas y posibles, serán reconocidos como utopistas, y quienes llaman utopistas, hoy, serán reconocidos como hombres prácticos al día siguiente. El absurdo del sistema marxiano consiste precisamente en esta esperanza que menguando el programa socialista en demasía para que lo acepten los burgueses radicales, les transformará en servidores inconscientes e involuntarios de la revolución social. Es esto un gran error; todas las experiencias de la historia nos demuestran que una alianza concluida entre dos partidos diferentes termina siempre en beneficio del partido más retrógrada; esta alianza debilita necesariamente el partido más avanzado, disminuyendo, falseando su programa, destruyendo su fuerza moral, su confianza en sí mismo; mientras que cuando un partido retrógrada miente, siempre está en lo suyo y más que nunca en su verdad. El ejemplo de Mazzini que, a pesar de su rigidez republicana, se pasó toda la vida en transacciones con la monarquía, y que, con todo su genio, siempre acabó siendo el engañado, este ejemplo no debe ser perdido para nosotros. En cuanto a mí, no vacilo en decir que todas las coqueterías marxianas con el radicalismo, sea reformista, sea revolucionario, de los burgueses, no pueden tener otros resultados que la desmoralización y la desorganización de la potencia naciente del proletariado, y por consiguiente una consolidación nueva de la potencia establecida de los burgueses.* Nota de Bakunin.

sombrero ante ella. Hicieron más: al revés de la más sencilla lógica de sus sentimientos verdaderos, proclamaron que el programa y el objetivo de la Comuna eran los suyos ²³. Fue un disfraz realmente de payaso, pero forzado. Debieron hacerlo, por no verse desbordados y abandonados por todos, tan poderosa había sido la pasión que esta revolución provocó en todo el mundo.

Por eso hay que admirar el coraje como la habilidad del señor Marx que, dos meses más tarde, tuvo la audacia de convocar una Conferencia de la Internacional en Londres para presentarle su pobre programa. Esta audacia se explicó por lo demás por dos hechos. Primero, el París popular había sido diezmado, y toda la Francia revolucionaria, con muy pocas excepciones, estaba momentáneamente reducida al silencio. Y luego, la gran mayoría de los franceses que habían venido a representarla a Londres eran blanquistas, y creo haber expuesto claramente las causas que empujaron a los blanquistas a buscar la alianza del señor Marx, quien, lejos de dar con adversarios en estos representantes autoritarios de la Comuna de París en Londres, encontró en ellos en aquel momento un fuerte apoyo.

Se sabe por lo demás cómo esta Conferencia se hizo mal y corriendo; fue integrada por los íntimos del señor Marx, cuidadosamente seleccionados por él mismo, más algunos tontos. La Conferencia votó cuanto se le antojó a él proponerle, y el programa marxiano, transformado en verdad oficial, se halló impuesto como principio obligatorio a toda la Internacional.

Pero dado que había una verdad oficial en la Internacional, para mantenerla hacía falta un gobierno. Fue la segunda propuesta del señor Marx; fue votada como la primera. En adelante la Internacional se encontraba encadenada al pensamiento y a la voluntad del dictador alemán. Se le dio el derecho de censura en todos los periódicos y en todas las secciones de la Internacional. Se reconoció la urgencia de una correspondencia secreta entre el Consejo general y todos los consejos regionales; se le otorgó, además, el derecho de mandar a agentes secretos a todos los países, para intrigar en su favor y llevar la desorganización por el mayor honor del señor Marx; en una palabra se le invistió de un poder secreto completo.

Para asentar su goce tranquilo, el señor Marx creyó deber tomar todavía otra medida. Le era preciso a cualquier precio perder en la opinión pública a los adversarios de su dictadura, y me hizo el honor de otorgarme el primer puesto en este número. Por lo tanto tomó la heroica resolución de demolerme. Para eso hizo venir de Ginebra a su pequeño comparsa y compatriota ²⁴, el señor Utin, que, sin haberse investido de ninguna delegación oficial ²⁵, sólo parece haber ido a Londres para despachar contra mí, en plena Conferencia, toda una sarta de infamias y horrores. Ignoro aún ahora lo que dijo, pero lo estimo por el hecho siguiente. El ciudadano Anselmo Lorenzo Asprillo, delegado de la Federación española, a su regreso a España, habiendo sido interrogado por algunos de mis amigos, les escribió esa frase:

Si Utin dijo la verdad, Bakunin ha de ser un infame; si mintió, Utin es un infame calumniador ²⁶.

²³ Marx *La guerra civil en Francia, 1871 [...] asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de Delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el "mandat impératif" (instrucciones formales) de sus electores.* (según Lehning). ¿Por qué no propuso Marx este marco en la Internacional desde 1872? (Nota de F.M.).

²⁴ Alusión vulgar de Bakunin a la judaidad de las dos personas (Nota de F. M.).

²⁵ Bakunin se equivoca. Utin tenía un mandato de la sección alemana de Ginebra.

²⁶ *Si lo que Marx ha dicho de Bakunin es cierto, éste es un infame, y si no, lo es aquél; no hay término medio: tan graves son las censuras y acusaciones que he oído.* Tal es la frase original, en *El Proletariado o. c.*, p. 203.

Y observen que todo eso pasó sin que lo supiera para nada y que sólo tuve conocimiento de este hecho por esta respuesta del señor Lorenzo Asprillo, que me fue repetida únicamente en el mes de abril o de mayo.

Una circular del Consejo general ²⁷, transformada de esta manera en gobierno oficial, notificó al fin a la Internacional estupefacta el golpe que acababa de sufrir.

Pienso que el señor Marx, infatuado por su triunfo demasiado fácil como para ser sólido y por el poder dictatorial que le invistieron, empujó la ceguera hasta no sospechar la terrible tormenta que su golpe de estado había de provocar en las regiones independientes de la Internacional. El honor de la primera rebeldía le corresponde a la Federación del Jura ²⁸.

²⁷ Reseña del congreso de La Haya (Nota de F. M. según Lehning).

²⁸ Fin del manuscrito.